

TODAS NUESTRAS VÍCTIMAS

Luis Díaz Viana

© Luis Díaz Viana, 2018
© Editorial Difácil y Editorial Páramo
1ª edición octubre de 2018

Fotografía de portada: Josep Brangulí

Editorial Difácil - www.difacil.com
Editorial Páramo - www.editorialparamo.com

ISBN Difácil: 978-84-92476-68-8
ISBN Páramo: 978-84-948403-5-7
Depósito Legal: DL VA 666-2018

Impreso en España — Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



DIFÁCIL



Editorial
PÁRAMO

He pasado a primera hora por el Ayuntamiento, como todos los días. Y allí estaban, vestidos como si fueran a recoger setas o hacer senderismo, los pesados esos de la Asociación de la Recuperación de la Memoria Histórica, dando ya la murga con lo del *enterramiento digno* que quieren hacer de los dos cuerpos que encontraron en un pinar próximo al pueblo, junto a otros paseados o paseadas de Tudela y Valdestillas. También son ganas de fastidiar.

¿Por qué no dejar a los muertos tranquilos? ¿Qué saben ellos de lo que aquí verdaderamente ocurrió hace ya tanto tiempo? ¿De toda la muerte? ¿De todo el odio? ¿De toda la rabia?

Nosotros sí lo sabemos. Podría contarles muchas cosas, pero no las entenderían. Esta gente prefiere seguir creyendo en un mundo de buenos y malos. De revolucionarios y fascistas. Sí, ya sé que antes fue justamente al revés y que los rojos

eran como el diablo y tenían la culpa de todos los males de la Tierra...

Pero eso hace tiempo que no se lo creía nadie.

Un joven e irritante activista que dice ser el arqueólogo de la Asociación, pues vienen a estas acampadas arqueólogos, antropólogos y forenses, me dice, mientras me escudriña con ojos de triunfo: «Nos han llegado, desde que empezamos, alrededor de cuarenta y cinco cartas de Valladolid reclamando a gente fusilada, pero también hemos recibido otras cartas de Barcelona, Madrid e incluso Norteamérica, reclamando vallisoletanos que, unidos a los anteriores, rondan los 100 casos de desaparecidos...».

Les hemos aburrido a llenar papeles inútiles, pero no se han desanimado.

Y quieren montar una especie de teatrillo mortuario, después, en el cementerio; ya algún cura progre habrá allí, traído por ellos, que diga su sermón, o algún santón comunista que recuerde la lucha contra el fascismo y demás paparruchas de siempre. Para acabar cantando todos, con los corazones inflamados, los versos de *La Internacional*, que, por cierto, no suelen saberse.

Lo más cojonudo fue cuando, ya *descubierta* la fosa —cuya ubicación, por otra parte, conocía casi todo el mundo en el pueblo—, organizaron aquella performance en que todos los del equipo se echaron al suelo (y se llenaron de polvo), hasta colocarse justamente en la postura y sitio de los distintos fusilados.

—Hay que escarbar más, el fascismo no habrá terminado hasta que hayamos enterrado como... es debido al último vallisoletano asesinado —sentencia el comprometido arqueólogo meneando su flequillo. Ha estado a punto de decir «como Dios manda», pero le ha debido de parecer una expresión demasiado cristiana para sus labios laicistas y se ha corregido rápidamente sobre la marcha. Sabe que yo lo he notado y por eso ha bajado la cabeza mientras buscaba las palabras adecuadas. David del Hoyo, creo que se llama el interfecto. Un apellido muy oportuno, desde luego.

«Escárbense ustedes ahí», he pensado también, «ya que no les importa hurgar en el dolor de tanta gente».

Mientras anden sueltos por el mundo tantos iluminados como éstos, este país no podrá pasar página, es decir, ser de verdad una nación moderna y normal.

Son eso de las diez cuando nos llegan las primeras noticias del atentado que ha ocurrido en Madrid. Al salir un momento del despacho a pedir café para mí y mis combativos visitantes, me encuentro al secretario y al alguacil del Ayuntamiento comentándolo: no se sabe aún cuántos muertos hay, pero muchos. Hablo por teléfono desde la sala de juntas con el secretario provincial del partido y me confirma que los primeros indicios apuntan a que ha sido cosa de ETA, pero que de momento será lo más inteligente no hacerlo público. Otra vez esos hijos de puta: ¡y todavía hay quienes piensan que tales criminales defienden una causa más o menos noble, la libertad e independencia del pueblo vasco o algo así!

De regreso al despacho, Paco, el administrativo, me pasa un correo que ha mandado Silvia. Me dice en él que viajará en coche desde Granada. Menos mal, porque por un momento pensé —sabiendo

como sé que no le gusta conducir y, sin embargo, le encanta viajar en avión—, que hubiera podido coger el metro para ir del aeropuerto a alguna de las estaciones, de tren o de autobús, en Madrid.

Hace años que Silvia se fue a vivir a Granada con un novio escritor que entonces tenía y allí se quedó ya, hasta ahora, en el Albaicín, convertidos ambos en dos de esos bohemios de alto *standing* que pasan su vida holgazaneando en los lujosos cármenes que miran a la Alhambra.

No comprendo cómo le puede gustar tanto aquello, un lugar en el que casi no se puede llegar en coche y lleno de gente rara. Reconozco que es bonito, pero uno se cansa pronto de vivir en una postal para turistas. Como ella es pintora, podría vivir donde quisiera. No sé lo que pensará hacer ahora que papá ha muerto, pero debería regresar aquí.

Quizá ni ella lo sepa muy bien. Esta noche hablaremos...

Aunque a Silvia es muy difícil hacerle entrar en razón.

A mitad de la mañana, cuando volvía de tomar el café, me ha desagradado ver a Carmen en la comitiva que acompañaba los restos que iban a ser inhumados hasta el agujero que habían abierto en el camposanto, pero no la puedo culpar. Parece que eran, al fin y al cabo, de su familia los muertos encontrados.

Dos mujeres, una joven y otra de más edad, fusiladas en los pinares próximos al río una noche de agosto del 36. Una de esas noches en que se derrumba el mundo.

El padre de Carmen estaba huido y, ya unos días antes de que aquello ocurriera, los falangistas de Valladolid habían venido a interrogar a su madre y hermana. Les dieron aceite de ricino y, tras raparles el pelo, las pasearon por el pueblo entre gritos e insultos. Según me contó mi padre, años después, ese tratamiento era efectivo para que los más reacios *cantaran*. Solía hacerse a

quienes se quería amedrentar, sólo para que delataran a otros de su cuerda.

Mientras duraba el humillante recorrido, el aceite les corroía las tripas y hacía que los paseados se mearan o cagaran encima. Entonces, todos los arrestos —y aun los ánimos de los más valientes— se venían abajo, cuando la gente que acompañaba la comitiva se mofaba del reguero acusador que iban dejando en el suelo.

El asunto, claro, tenía más *gracia* si eran mujeres, pues antes se les hacía quitar las bragas para que fueran *soltando aceite* libremente.

Vivimos en un país donde a la chusma hay que proporcionarle diversiones de vez en cuando.

En esta ocasión, la cosa, es decir, la advertencia, como tantas otras veces podía haber quedado ahí. Pero una cuadrilla de apostados, entre los que según se comentó estaría el padre de Carmen, acribilló a tres falangistas del pueblo cuando regresaban desde Quintanilla.

A Carmen la salvó estar en nuestra villa, donde servía desde pequeña; pero también la autoridad de mi abuelo, por supuesto, que respetaban los unos y los otros en estos pagos, al menos hasta un cierto momento y dentro de los confines de su dominio económico.

Dentro de la familia se narraría por mucho tiempo, como muestra de la arbitrariedad y sinrazón a la que se había llegado en la República, aquella anécdota de cuando mi abuelo volvía de resolver unos asuntos en Madrid, muy poco an-

tes de empezar la guerra: él siempre llevaba sombrero, pero hacerlo se había vuelto peligroso; una turba de *salvadores del pueblo* lo vio y empezaron a gritar «al del sombrero, al del sombrero».

Como si el hecho de llevar esa prenda ya sirviera de indicio para identificar a un enemigo de la libertad.

Lo siguieron por el andén y tuvo que ganar el interior del vagón en el mismo instante de arrancar el tren para evitar que lo prendieran. Quizá por episodios como éste los fabricantes de tal adminículo —que los señores ponían en su cabeza— anunciarían su artículo de venta en los periódicos, una vez Franco ganó la guerra, con un eslogan que se hizo famoso: «Los rojos no llevaban sombrero».

Pues bien, es el caso que, después del atentado al que me refiero, los falangistas cogieron sus escopetas de cazar liebres, y como muchas otras noches de aquel verano del 36 le dijeron a Ramón —el hermano de Carmen— que necesitaban que les dejara su camión para un transporte. Ramón, que se lo había comprado hacía poco para llevar la fruta desde el pueblo a la ciudad, tenía miedo de que su vehículo acabara pasando a otras manos y les hacía forzosamente de chófer. Pero porque no cabía hacer otra cosa.

Lo que no podía imaginarse es que, en esa ocasión, llevaba a quienes llevaba como carga. Una carga, hay que reconocerlo, siniestra. Habían cogido a otras dos mujeres de Tudela, que eran

hermanas, sólo porque una de ellas había rechazado en un baile de carnaval los intentos de cortejo del falangista más conquistador y que más guapo se creía.

Y a alguna más de Valdestillas.

Las bajaron a todas en los pinares que hay a las afueras del pueblo y les dijeron que se podían ir. Mi padre iba con ellos. Incluso creo, según me han dicho otros después, que era quien dirigía la tenebrosa escuadra.

Sólo cuando bajaron del camión, Ramón reconoció a su madre y su hermana. Uno de los miembros del piquete le alcanzó una de las escopetas y le dijo que si no quería «matar conejos» con ellos.

Como se negó, le allegaron una pala y le hicieron cavar el hoyo en que iban a ser enterrados los cuerpos.

Pero, al fin y al cabo, ¡a saber de quiénes son unos y otros huesos! Por mucho que los hayan estudiado y los puedan clasificar los forenses. Calcio, fósforo y la hostia bendita de que estén hechos. Para mí todos los esqueletos acaban siendo iguales: una risa tonta. Una mueca de desengaño. El gemido de la tierra.

Pues, ¿por qué coños parece que se están carcajeando siempre las calaveras?

Y, sin embargo, cuando el hoyo fue descubierto, a todos nos pareció ver que, entrelazada con los huesos de las costillas de uno de los esqueletos, surgía la raíz de un almendro, como si se tratara de un cordón umbilical que unía para siempre la

osamente a la tierra, que la hacía tierra y árbol al tiempo.

¡Cuántos cadáveres no quedarán todavía por desenterrar en los pinares que me rodean! ¡Cuántos no se habrán vuelto raíces de chopos en las arenas de río abajo donde, de rodillas pero sin una oración, fueron fusilados tantos inocentes!

A veces, sí, yo también pienso que sus sombras sin nombre esperan unos labios que pronuncien esa palabra que resume una vida, que les diga «tú te llamas Juan» o «Pepa» o «Manuel». Y les rescate de la niebla gris que los acoge entre la tierra y el cielo.

Porque, en ocasiones, incluso me parece que, al atravesar estos campos, se les oye. Se escucha su lamento. Que como ramas se mueven, como viento susurran, como raíces crecen y callan.

¿Y si fuera verdad? Si los hombres finalmente volvemos a ser nombres o no seremos nada.

Sólo yerba. Como los perros...

Pero, eso sí, por favor, basta ya por hoy de teatros y performances.

Luego de atender a los adictos de la memoria he recibido a los promotores de la urbanización que se hará más allá de la vía del tren. Pasado y futuro. ¡Por fin poder hablar con gente más o menos sensata! Se trata del último terreno que hemos recalificado en el Ayuntamiento como urbanizable, lo demás es monte protegido. Si el pueblo crece recaudará más dinero y ello redundará en más servicios para todos. Esto parece no entenderlo todo el mundo: o más casas o más impuestos. No hay tutía.

Ni burbujas inmobiliarias, ni especulación, ni leches...

Siempre hay quienes hablan de lo que nos enriquecemos algunos que ya sabíamos del valor que acabarían teniendo esas parcelas antes calificadas como rústicas. Por ejemplo los ecologistas, con su

monserga del medio natural que se pierde... ¡Qué pesaditos se llegan a poner también!

He pasado todo el día nervioso. No sólo por el entierro de papá, que es mañana; un entierro verdadero, no la comedia de los recuperadores de memorias de las narices, que llevan cuatro huesos a la hoya y les ponen una etiqueta más que un nombre.

Un entierro, el de mi padre, como Dios manda —sí, yo puedo decirlo sin avergonzarme—, el de una persona que hasta hace muy poco vivía aquí como uno más y que hizo tanto por el pueblo. Fue el alcalde durante muchos años —como ya lo había sido su padre— y, cuando cerró la fábrica y hubo tanta gente que llegó a pasar verdadera necesidad, recolocó a los que pudo en la factoría de coches que acababa de abrirse cerca de Valladolid.

Estoy inquieto y de sobra sé por qué. No me lo tendrá que interpretar el señor psiquiatra cuando le cuente estos estados anímicos míos, que también reseño para que luego los analice él. El desasosiego me viene de fuera. Tengo que cenar esta noche con mi hermana Silvia.

«¡Ah!», me dirá el doctor, «otra vez su compleja afectividad familiar».

Sí, mi jodida afectividad con mi folladora y maldita familia.

La última vez que vi a Silvia no sé qué me desagradó más: que siguiera vistiendo esos ropajes de hippie trasnochada o que, bajo ellos, yo aún reconociera perfectamente a la niña que durante tantos años jugó conmigo. El semblante comprensivo y cariñoso de la única persona que jugó conmigo en toda mi vida.

En el colegio nunca tuve amigos. Detestaba en mi interior esa camaradería y complicidad de grupo que jamás pude alcanzar. Cuanto menos respetaba las leyes del compañerismo, más odiado resultaba por el resto de la clase.

Yo apreciaba el orden y valoraba por encima de todo que los frailes que regentaban el colegio pudieran confiar en mí.

Con mi hermana me pasaba lo mismo. Pero no sentía igual. Despreciaba a mis compañeros y a ella no. La admiraba, la quería. O eso creo. Y lo cierto es que si la amaba tanto no entiendo por qué la tenía que hacer sufrir.

Por qué, por ejemplo, le tiré aquel día el peluche, —que yo mismo le había regalado y que siempre llevaba con ella como un trofeo—, a lo más alto del tejado para que no pudiera cogerlo. Sin embargo, si pienso en mi infancia no puedo separar a Silvia de la imagen que guardo de mí mismo en aquel tiempo.

Ella aparece en mis paseos en bicicleta hasta los alrededores de la fábrica. Ésta era entonces una especie de pueblo junto al pueblo, con la fuente en la que una cabeza de león arrojaba agua sempiterna

para los niños sedientos, como nosotros, que llegaban sudorosos sobre sus dos ruedas.

Y nos recuerdo, sobre todo, en aquella tarde otoñal de lluvia, caminando con dos cubos sobre nuestras cabezas para guarecernos del agua. Es como si siguiéramos allí, como si no hubiéramos encontrado el camino de vuelta a casa.

Los cubos no nos dejaban ver bien por dónde pisábamos, pero era divertido hasta tropezar con las piedras, pues nos sentíamos alegres y seguros porque estábamos juntos.

Cuando volvíamos a la villa en que siguió viviendo nuestro abuelo materno, papá nos dejaba en la verja de la entrada. No volvió a entrar una vez la guerra acabó hasta que murió el abuelo.

Ni éste a hablar con él más.

Tardé tiempo en reparar en ese detalle. Y todavía pasaron unos años hasta que pude enterarme del porqué. Carmen me lo dijo: al parecer, mi abuelo jamás le perdonó a mi padre que, cuando fue a reclamar al jefe de la comandancia los muebles de la villa que habían sido requisados mientras un destacamento del ejército se instaló allí, papá le diera otras explicaciones sobre la gente del pueblo. Explicaciones que, no obstante, se le debieron de exigir, como quiénes se habían mostrado a favor de la República cuando estalló la sublevación militar, antes llamada Glorioso Alzamiento.

Para el abuelo, papá sería siempre un delator. Pero mi abuelo estaba equivocado. ¿Cómo podía

negarse a responder un miembro de la Falange y de las JONS sin despertar sospechas?

Mi abuelo, que nunca fue republicano, sino que continuó sintiéndose monárquico cuando la monarquía se había convertido en una rara afiliación, pues ni las derechas —en general—, ni desde luego las izquierdas —mayoritariamente—, la veían ya como una opción ni la querían, era de esas pocas personas que pensaban que aún resultaba posible permanecer neutral ante lo que estaba sucediendo.

Y ser neutral era poco más que respetar el orden vigente o no buscarse problemas con él.

¡Qué gran dignidad por su parte! Podía, sin embargo, haber agradecido a mi padre que la villa le fuera devuelta, con muebles y todo, una vez acabada la guerra.

Mamá contaba con cierta gracia que, cuando los abuelos y ella regresaron de la capital y se disponían, ya acostados en la cama, a pasar la primera noche en su vieja casa oyeron gritos y risas: eran unos militares con unas mujeres *de vida alegre* que venían a pasar un buen rato: la villa se había convertido en una casa de citas, por decirlo con un eufemismo muy de la época.

Mi abuelo salió con la pistola que siempre solía llevar, por aquel entonces, consigo y disparó al aire. ¡Pin, pan, pun!

Y alguna bombilla del techo saltó hecha añicos.

Después de unas pocas explicaciones entre él y el jefe militar al mando de la divertida expedi-

ción, mi abuela y mi madre se fijaron en que el abuelo había bajado tan apresuradamente por la escalera que iba en calzoncillos.

Y, a pesar de las poco o nada jocosas circunstancias que vivían, se rieron los tres a carcajadas.

Se estuvieron riendo hasta saltárseles las lágrimas.

II

JARDÍN CON VÍCTIMAS

(Silvia llega a la casa)

*Es una dama misteriosa la memoria. Nosotros
no escogemos los recuerdos. Ellos viven su vida.
Van y vienen. A veces se van para siempre. Y
hay recuerdos que se apegan a nosotros a la ma-
nera del líquen a la piedra.*

En salvaje compañía
Manuel Rivas

Llego al portón inmenso de hierro frío. *Villa Covadonga*. El nombre, como todo el edificio, es una fantasía norteña en la meseta de Castilla, en esta tierra de pinares, que denota la procedencia asturiana del abuelo y lo que amaba su tierra.

Un palacete al estilo de los que se construían los indianos regresados de América en los picos de Europa no tiene otro sentido aquí que el de la ensoñación brumosa de alguien trasterrado al interior. Tampoco falta la caprichosa palmera a la entrada y la torre arrogante, con un escudo esquinado.

Ni la larga galería de madera mirando hacia la languidez del valle.

No sé si la llave podrá abrir aún la vieja cerradura. Subiendo por las escaleras de piedra que llevan al porche, recuerdo la foto en que aparezco allí sentada, apoyándome en el brazo de mi madre.

Cuando entro en el salón huele a recuerdos, a madera carcomida y a guiso reciente. Carmen, quien ya sabía por mi carta que yo iba a venir, ha debido de dejar comida preparada en la cocina, por si *su nena* llegaba tarde. Y llego demasiado tarde, pero no siento hambre.

Mejor dicho, siento hambre de todo lo que no tengo y, sobre todo, de lo que casi nunca tuve.

Mi madre murió cuando era yo aún pequeña, apenas debía de tener doce años. Y nunca pude contar con un padre en quien confiar, sólo un inquisidor que condenaba mis errores antes de que los hubiera cometido.

Avanzo por la escalera de madera que cruje bajo cada uno de mis pasos.

Pero, es curioso, no tengo miedo de estar sola en esta casa también solitaria y como perdida en la niebla del tiempo.

En la barandilla de arriba sigue brillando el cuero de la silla de montar de mi abuelo. Abro un armario de los dormitorios y la puerta cruje más que las escaleras. Dentro están todavía, colgados bajo varios sombreros de sombras sin nombre, los trajes de mi abuelo y de mis tíos, tal como quedaron cuando empezó la guerra. Mis tíos no volverían jamás a la casa o, al menos, eso se nos dijo. Y mi abuelo se pasaría la vida que le restaba por vivir prácticamente en pijama, casi sin salir de casa. Hasta su muerte.

Yo lo recuerdo siempre vestido de esa manera, fumando en pipa y bebiendo leche helada que le aliviaba la úlcera de estómago. De vez en cuando se ponía un pantalón negro bajo la chaqueta del pijama y daba algún paseo por los caminos de la villa. Pero volvería a traspasar sus muros en muy contadas ocasiones.

Mi abuelo se quedó temporalmente ciego mientras duró la contienda y murió aquí unos cuantos

años después de que acabara, con la visión algo recuperada ya. Pero, en realidad, sólo recuperó del todo la vista para ver directamente los ojos de la muerte. Carmen me decía, cuando yo era una niña, que se volvió ciego porque no quería ver lo que estaba sucediendo:

—El cuerpo, la naturaleza, sí, es tan sabia que suele hacer estas cosas.

Mis tíos maternos, Pedro y Juan, desaparecieron; durante mucho tiempo no supimos si murieron fusilados o, como siempre se ha dicho en las guerras cuando no se sabe qué decir, *en combate*.

¡Qué locura de país! Muertos que no se sabía si estaban vivos y vivos que se vieron obligados a vivir como muertos, enterrados en vida, temiendo que alguien del otro bando se acordara de ellos. Y los demás con úlceras estomacales o cánceres de colon. O, lo que es peor, sin poder ni querer ver nada.

De ese modo, con tanto muerto mal enterrado o insepulto, es difícil olvidar y casi imposible recordar también. Porque la paz nada más podrá llegar cuando cada alma y cada cuerpo estén en su sitio.

La parte de arriba de la casa parece, pues, detenida de algún modo en 1939, aunque mis padres, mi hermano y yo volviéramos a vivir en ella, cuando habían muerto ya los abuelos, o nosotros, tanto de pequeños como de mayores, regresáramos por los veranos.

Luego, fallecida mi madre, y arrojada yo a los internados de monjas que jalonarían mi vida hasta la adolescencia, mi padre se quedó a vivir allí solo con Carmen, la guardesa o cachicana, hasta ahora.

La villa pasaría a convertirse de capricho de un empresario rico a finca de labor que mi padre intentó hacer que prosperara. Pero se ve que, en los últimos tiempos, únicamente sometió a sucesivas reformas la primera planta y, por lo demás, respetó, en términos generales, el *santuario* de antigüedades que mis abuelos dejaron.

La planta superior permanece, con las indispensables reparaciones, más o menos como había

sido o, si no, tal como yo la recordaba. Desde que me fui a Granada, hace más de veinticinco años, no había regresado. Estaba viviendo *maritalmente* con un hombre casado y mi padre decidió no volverme a hablar.

Ni siquiera cogía el teléfono, o me colgaba cuando reconocía mi voz.

Descubro, así, todavía en los armarios los trajes intactos de mi abuelo o de mis tíos, y la mayoría de las habitaciones igual que debieron de quedar entonces. Como esperando a sus muertos. La casa está cuidada, sin embargo, en su conjunto, mantenida por Carmen —su sombra tutelar— para que siga igual.

La casa como un museo de la ausencia. Y la casa poblada por ruidos misteriosos. De voces que no tuvieron tiempo de desvanecerse, de luces que no llegaron a apagarse cuando sobrevino aquel vendaval de violencia y de odios.

Sólo algunos detalles indican claramente que el tiempo siguió pasando después. Encima de la chimenea está la foto de mi padre saludando a un Franco acartonado que tiende su mano rígida, con cara de estatua fea o de búho embalsamado en su mortaja.

En otra fotografía, mi padre con el ministro que venía en ocasiones a la casa. Los dos con camisas oscuras y chaquetas blancas, llenas de medallas como de juguete, los dos con sus uniformes de jugar a la guerra o a mandar, como trajes de Primera Comunión.

Y, no obstante, las figuras tienen algo de siniestro: bigotillos de diablo y una terrible mirada de estar seguros de que todo lo que hacen está bien: «Por Dios y por España».

Son fotos que no encajan en la casa. Son fotos como de cuartel o de oficina de un Ministerio en una mansión pensada para el placer, con todos los lujos y adelantos que era posible anhelar en los años 30.

Cuando pienso en las sombras, en los ruidos que habitaron la villa, no veo ni oigo a esos salvadores de la patria, aunque sé y me consta que estuvieron por ahí con sus botas altas y sus correajes de guerreros de guardarropía.

Yo misma los alcancé a ver alguna vez y no me asustaban; más bien creía que mi padre y sus amigos se habían disfrazado para algo, para un desfile o una fiesta, como cuando mi madre y mi padre salían de tiros largos al baile del casino en Valladolid. Sin embargo, cuando pienso en las sombras vetustas y primigenias de la casa, me imagino hombres jóvenes y guapos o muchachas que ríen sin parar, bebiendo champán y bailando tangos hasta la madrugada.

Aquí quedan todavía la gramola y los viejos discos, gruesos como platos, con canciones de Gardel y aquella habanera que empezaba:

A la orilla de un palmar
yo vi una joven bella,
su boquita de coral,
sus ojitos dos estrellas.

Y al pasar le pregunté
que quién estaba con ella;
y me contestó llorando:
Sola vivo en el palmar.

En un álbum de la librería del salón otras fotos, muy pequeñas, de gentes más reales que los soldaditos de pega: primos y primas de mi madre en la pradera que hay junto a la casa, ellas con vestidos de lunares y ellos con pantalones blancos y zapatos de dos colores, como prestos para salir danzando en alguna película antigua. Mi madre y mi tío Samuel están entre ellos.

Carmen me susurraría luego, alguna vez, al oído, un pequeño secreto: «En aquellos tiempos, tu madre y Samuel eran inseparables...».

No tengo miedo a esta casa, sé que he vuelto a un lugar al que, de alguna manera, pertenezco. Como no tengo miedo a los ratones que, estoy segura, habrá aquí, en algún rincón. Tampoco quiero averiguar si son los ratones o los fantasmas quienes provocan esos ruidos discontinuos. Pero el corazón me late de prisa, como si algo importante, que nada más que a mí puede afectar, finalmente fuese a ocurrir.

Me asomo al ventanal, ¡tan alto!, del dormitorio y veo ramas que se mueven como saludándome en el paisaje blanco. La luna fija, como la cara inflada de algún monstruo de mi infancia, sabiéndolo todo, consignando todo: lo que ha pasado y lo que ha de pasar. La luna dispuesta a soltar una risotada de complicidad cobarde.

Como una niña, como una loca, como el rostro falsamente humano de la muerte. Salgo del dormitorio, la habitación que llamábamos *de Pilatos*

Gramsci como procedentes de una cultura contrapuesta a la *hegemónica* y, por lo tanto, subversiva.

Pueblo y memoria. Ecos de una melodía triste. De unas atrocidades que no curan con la ignorancia porque el olvido es imposible.

ÍNDICE:

FANTASMAGORÍAS DEL DOLOR 9

EN EL UMBRAL DE NIEVE

(Pórtico) 13

I

EL APUNTADOR DE SUEÑOS

(Las melancolías de Julián) 21

II

JARDÍN CON VÍCTIMAS

(Silvia llega a la casa) 53

III

EL VAGABUNDO ENTRE LAS PUERTAS

(Testimonio de Samuel) 81

IV

DE CUERPO PRESENTE

(Historia de la traición) 117

V

LAS BAYAS ROJAS

(Relato sobre Carmen) 161

VI
PARA LOS BORRADOS POR EL DESAMPARO
(Fin) 181

VII
UN SUICIDA MÁS NO IMPORTA AL MUNDO
(Epílogo) 191

responso 199

nota aclaratoria 205

apéndice

LA MISMA MELODÍA TRISTE: SOBRE EL PUEBLO Y LA
MEMORIA DE LA GUERRA CIVIL
(A modo de breve ensayo histórico) 213

Este libro se terminó de editar en Valladolid,
en octubre de 2018, cercanos
los ochenta años del fin de
la Guerra Civil
española

